

LA SOBRIEDAD DE LA NARRATIVA DE GÉNESIS

Luego dijo Dios: Haya ... Y fue así... . Y vio Dios que era bueno.
Génesis 1.6, 9–10

A menudo se sostiene que hay paralelos asombrosos entre los mitos sobre la creación que surgieron en el antiguo Cercano Oriente (especialmente con la épica babilonia conocida como ‘Enuma Elish’) y el relato bíblico sobre la creación que encontramos en Génesis 1. Pero lo que de verdad resulta sorprendente no es la similitud entre el relato babilonio y el bíblico sino su diferencia. Lejos de copiar el relato babilonio, el Génesis 1 critica y desafía su teología esencial. En los mitos babilonios, los dioses —amorales y caprichosos—, rivalizan y pelean entre sí. Marduk, el más altivo de los dioses, ataca y mata a Tiamat, la diosa madre. Entonces procede a cortar el cuerpo en dos, y de una de las mitades surge el cielo, y de la otra mitad, la tierra. Es un alivio pasar de este politeísmo crudo al monoteísmo moral de Génesis 1, en el cual la creación entera se atribuye al mandato del único Dios santo y verdadero.

Según el libro de Apocalipsis, la adoración eterna en el cielo se concentra en el Creador:

Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder;
porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen
y fueron creadas.

Apocalipsis 4.11

Los científicos seguirán investigando los orígenes, la naturaleza, y la evolución del universo. Pero, en el sentido teológico, es suficiente que sepamos que Dios creó todas las cosas por su sola voluntad, manifestada en su simple y soberana Palabra. Porque este es el refrán que se repite en Génesis 1: ‘Luego dijo Dios ...’. Además, mientras Dios contemplaba lo que había creado, dijo que era bueno. Por lo tanto, corresponde que nos alegremos en todas las obras de la creación Dios, sean la comida y la bebida, o el matrimonio y la familia, o el arte y la música, o las aves, los animales, y las mariposas; y muchas otras cosas más.

Todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse,
si se toma con acción de gracias.

1 Timoteo 4.4



Para continuar leyendo: Jeremías 10.12–16
